

Para el Norte, pasadas las 300 leguas, todo es gentilidad, que no se sabe dónde termina» (1).

Añade el P. Bravo algunas noticias sobre las condiciones de aquella tierra y el carácter de los indios. En general, la tierra de California es muy pobre y los indios se muestran bastante dóciles a las enseñanzas del misionero. Suele preguntarse muchas veces qué medios habrá para atraer y convertir a los californios. El medio es muy sencillo, y todo se reduce a tener maíz. Haya maíz para repartir a los indios, y todos vendrán muy dóciles a escuchar la doctrina. Tal era generalmente el estado de la misión a mediados del siglo XVIII. Habían logrado nuestros Padres en el espacio de medio siglo difundir la luz de la fe por casi toda la península de California, y según los cálculos que hacía después en 1793 el Virrey, Conde de Revillagigedo, en esta década de 1740 al 50, llegaron los indios californios a ser unos 22.000. Después, por haber penetrado en el país algunas epidemias, decayó notablemente la población indígena de aquella tierra, de modo que a fines del siglo XVIII quedaban solamente unos 6.000 indios. Tal fué la misión de California, penosa como pocas en la historia de la Compañía, pero no del todo estéril para la Iglesia Católica y útil por muchos títulos a la prosperidad material de aquella pobrísima península.

(1) Archivo de Indias, 67-3-29.

CAPITULO III

MISIONES SEPTENTRIONALES DE LA PROVINCIA DE MÉJICO DE 1705 AL 1758

SUMARIO: 1. Memorial del P. Salvatierra en favor de las misiones y proyecto de renunciarlas. Muerte del P. Kino. — 2. Principios de la misión del Nayarit. — 3. Reducción general de los nayaritas en 1722. — 4. Estado general de las misiones de Sonora y Cinaloa. — 5. Misioneros ilustres. Urquiza, Glandorff. — 6. Rebelión de los yaquis y de los mayos en 1740 y de los pimas en 1751. — 7. Conatos para extender la fe entre los rios Gila y Colorado. — 8. Informe del P. Escobar, Provincial de Méjico y entrega de veintidós misiones al Obispo de Durango. — 9. Estado general de nuestras misiones mejicanas a mediados del siglo XVIII según el Conde de Revillagigedo.

FUENTES CONTEMPORÁNEAS: 1. Venegas-Burriel, *Noticia de la California*. — 2. *Apostólicos asanes de la Compañía de Jesús*. — 3. Alegre, *Historia de la Compañía de Jesús en Nueva-España*. — 4. Diversas cartas y memoriales conservados en el Archivo de Indias.

1. Difícil es condensar en un capítulo la vasta materia histórica que nos ofrecen las misiones septentrionales mejicanas en la primera mitad del siglo XVIII. Intentaremos, sin embargo, presentar a los lectores los hechos más culminantes con el mejor orden que nos sea posible, para que se pueda formar una idea aproximada de la insigne actividad apostólica desarrollada por nuestros Padres en el Norte de Nueva España. Recuerde el lector el grande espacio en que se ejercitaba el celo de nuestros operarios. Según decía el P. Estrada en 1690 (1) era una inmensa lengua de tierra de 350 leguas de largo por más de 50 de ancho que se extendía en la dirección de Sudeste a Noroeste. En los quince años siguientes, hasta 1705, el celo apostólico del P. Kino había dilatado cerca de 100 leguas hacia el Norte el campo de acción de los jesuitas mejicanos.

(1) Véase el tomo VI de esta historia, p. 487.

Al empezar el siglo XVIII hubieron de sentir estas misiones la penuria general que entonces aquejaba a toda la nación española. La guerra de Sucesión absorbía todos los caudales, y los altos empleados españoles de Méjico y Perú, obligados a remitir a España todo el dinero posible, se veían faltos de los fondos necesarios para pagar a los misioneros y atender a otras muchas obligaciones piadosas contraídas por nuestros Reyes. Empezaron, pues, a escasear los situados o pensiones reales, que eran la única renta con que se mantenían los misioneros. Hiciéronse cargo éstos del estado apuradísimo en que se veía la hacienda española y por algunos años sufrieron en silencio aquella falta. Con los socorros que podían suministrar los colegios y con las limosnas pedidas a bienhechores insignes, iban sustentándose como podían nuestros operarios apostólicos. Empero la necesidad apretaba y pronto se conoció que no era posible ir viviendo un centenar de misioneros con sólo el socorro de limosnas eventuales.

Cuando en 1704 entró a gobernar la provincia el P. Salvatierra, determinó poner remedio eficaz a una situación tan angustiosa. Habló con el Virrey y recordándole las cédulas de Su Majestad en que se encomendaba el socorro de los misioneros, le requirió que se pagasen a éstos las cantidades acostumbradas y se satisficiesen a lo menos en parte los atrasos de varios años en que no habían recibido casi nada nuestros Padres de la real hacienda. El Virrey, Duque de Alburquerque, dió buenas palabras, recibió el informe presentado por el Provincial, reunió después una junta donde se discutió mucho, pero por fin después de muchas consultas, papeles e informes, no entregó un céntimo a los jesuitas.

El P. Provincial instó repetidas veces, representando la ruina infalible de aquellas gloriosísimas misiones, si no se las suministraba el subsidio señalado por nuestros Reyes: «Señor Excelentísimo, decía, yo no cedo a nadie en el mundo en el amor, fidelidad y veneración de nuestro católico monarca. Este pobre jesuita, sólo y desasistido de las reales cajas, ha conquistado y rendido a S. M. un país que en más de ciento sesenta años a costa de inmensos gastos hechos al real erario no habían podido sujetarle todos los antecesores de V. E., y yo juzgo que en exhibir las limosnas de los misioneros y conservar a S. M. tantas provincias como le han dado los misioneros jesuitas y en mirar por la salvación de tantas almas, tan no se falta a la fidelidad debi-

da a nuestro Rey (q. D. g.) que antes se cumple con sus más estrechas y declaradas órdenes y se da a su corona más firme apoyo que con cuantos tesoros puedan llevar a España» (1).

A pesar de las buenas razones que dió el P. Salvatierra, no se movió el Virrey a socorrer a nuestros Padres, pretextando siempre los apuros extraordinarios en que se veía la real hacienda. Entonces el Provincial reunió en consulta, no solamente a sus consultores habituales, sino también los principales profesores que había en Méjico. Expúsoles llanamente la situación aflictiva en que se hallaban todos nuestros misioneros y, pues, no se veía ningún camino para remediar tan grave necesidad, propúsoles a todos el presentar al Virrey la renuncia de nuestras misiones, para que él las entregase al clero secular o a quien tuviese medios de sostener tan vasta empresa. Aprobaron casi todos los Padres la idea del Provincial. Redactóse un acta de renuncia y con la firma del P. Salvatierra y de todos los Padres consultados se presentó este escrito al Duque de Alburquerque. Terrible impresión recibió el Virrey con este acto. ¿Quién había de sostener aquellas misiones, que sólo eran posibles a la abnegación y celo apostólico de los jesuitas? Decidióse, pues, a franquear algún tanto las arcas reales y empezó a pasar a nuestros operarios las pensiones acostumbradas desde años atrás. En cuanto a las deudas atrasadas de los últimos años, prometió satisfacerlas poco a poco según le fuera posible (2).

Respiraron nuestros Padres con este socorro y procuraron sostener las obras comenzadas. Como supondrá el lector, en los primeros diez o doce años no soñaron en abrir misiones nuevas, pues hartos hacían en sustentar las antiguas. En esta época, que podemos llamar estacionaria, murió el más insigne de los misioneros septentrionales, el tan conocido P. Eusebio Francisco Kino. Veinticinco años había trabajado en aquellas dilatadas regiones de la Pimería, había hecho diferentes viajes hacia el Norte y descubierto la unión septentrional de la baja California con el continente, y en todos estos viajes se había puesto en comunicación con numerosas tribus de indios preparándolos para recibir el Evangelio, cuando pudiera enviarles algún Padre que morase constantemente entre ellos. Los trabajos que padeció en estas

(1) Alegre, t. III, p. 141.

(2) Alegre, *ibid.*

excursiones, penetrando en países donde no había puesto el pie ningún europeo, las tribulaciones que por otro lado le afligieron casi siempre por las calumnias que nuestros émulos levantaron contra él en Nueva España, las privaciones inverosímiles a que se vió sujeto en más de una ocasión y en medio de tantas fatigas, la caridad ardiente y abnegada con que procuró socorrer cuanto pudo a los pobres operarios de California, estas y otras virtudes que a cada paso resplandecen en el P. Kino, hacen de este hombre uno de los misioneros más ilustres que ha tenido la Compañía en América.

El P. Alegre resume en estas palabras la labor apostólica del gran misionero: «Llevó adelante el P. Kino la obra del Señor por veinticuatro años continuos, casi solo y teniendo que justificar a cada paso y demostrar por mil caminos diferentes la fidelidad de sus calumniados Pimas y de otras naciones que él descubría y preparaba para el Evangelio. Escribió diferentes informes al Rey y a los señores Virreyes, al P. General y superiores inmediatos, todo a fin de conseguir operarios para aquella viña. Bautizó más de cuarenta mil infieles, y hubiera sido diez tantos más, si hubiera tenido algunas esperanzas de poderlos proveer de ministros que los conservasen en la fe. Caminó muchos millares de leguas en repetidos viajes, visitó tantas naciones, formó y redujo a vida política tantas rancherías, que como escribe el autor de *Afanes apostólicos*, todos juntos cuantos celosos obreros ha tenido la Pimería en más de cincuenta años después de su muerte, apenas han podido poner en corriente la tercera parte de los pueblos, tierras y naciones que aquel varón apostólico había atraído, cultivado y dispuesto para sujetarse al yugo del Evangelio» (1). Ya empezaba a sentirse anciano y achacoso el apóstol de Pimería, cuando en el año 1711, el P. Agustín Campos, que había levantado una modesta capilla dedicada a San Francisco Javier, en el pueblo de Magdalena, convidó al P. Kino a que celebrase la primera misa en aquel templo. Aceptó de buen grado la invitación de su compañero y empezó a decir la misa cantada, pero antes de concluirla le sobrevino un grave accidente. Habiéndole trasladado a su aposento, se reconoció muy pronto que la enfermedad era mortal. Asistido por el P. Campos expiró el P. Kino entre los sentimientos de la más religiosa piedad.

(1) Alegre, t. III, p. 155.

2. Después de unos diez años de vida apostólica estacionaria, de repente la provincia de Méjico emprendió una nueva y gloriosa misión en donde nadie la hubiera esperado. Hasta entonces todo el afán de nuestros misioneros había sido extenderse hacia el Norte. Pues he aquí que en 1715 acomete una empresa singular al Sur de todas nuestras misiones. Como a 200 leguas al Noroeste de Méjico se llega a una sierra sumamente escarpada que llaman del Nayarit (1). Es una de tantas ramas en que se subdivide la gran cordillera de los Andes a lo largo de la América septentrional. Entre los grados 22 y 25 de latitud Norte forma esta sierra un recinto asperísimo, cruzado por pequeños ríos y apenas accesible por algunos barrancos y gargantas que solamente los prácticos del país pueden atravesar sin peligro. Según nos describen los primeros que entraron en el interior de aquel laberinto, podía decirse que el Nayarit era como un nudo de montes que tendría unas 200 leguas de circuito.

Vivían dentro de aquel recinto unos indios llamados nayaes o nayaritas, que hasta principios del siglo XVIII se conservaron casi incomunicados con los españoles. Hallábanse en el estado salvaje. Adoraban al sol y a otros ídolos disformes, a los cuales

(1) Para la historia de la misión del Nayarit la fuente principal es el libro intitulado *Apostólicos afanes de la Compañía de Jesús escritos por un Padre de la misma sagrada Religión de su provincia de Mejico*. Barcelona, 1754. Esta relación histórica, que forma un tomo en 4.º de 452 páginas, está dividida en tres partes. En la primera, que es la más larga y ocupa la mitad del tomo, se explican los principios de la misión del Nayarit. En la segunda y tercera se declaran los sucesos de la misión de Pimería desde que la fundó el P. Kino hasta 1752. La primera parte la escribió originariamente el P. José de Ortega que estuvo en Nayarit el año 1728, como luego veremos, pero la retocó y arregló después el P. Fluvia, como él mismo lo dice en el prólogo. La segunda y tercera parte son debidas al P. Juan Antonio Baltasar. (Véase a Uriarte, *Catálogo razonado de obras anónimas y seudónimas de autores de la Compañía de Jesús*, t. I, p. 44.) El estilo de esta obra es difuso y en la narración de los hechos se mezclan de vez en cuando algunas simplicidades que admitía de buena fe la devota credulidad de entonces. Además de este libro hemos hallado en el Archivo de Indias algunas cédulas reales y cartas de misioneros y militares que intervinieron en la empresa del Nayarit. Sobre todo debemos recomendar la relación del misionero P. Solchaga que luego citamos. Este hombre, que fué el primer jesuita que puso los pies en aquellos montes casi inaccesibles, redactó una extensa *Relación del gran Nayarit*, dirigida al Obispo de Durango con fecha 25 de Febrero de 1716. Véase éste escrito en el Archivo de Indias, 67-4-22.

tributaban un culto extravagante en ciertas cuevas y adoratorios. Hablaban la lengua cora, aunque entendían bastante bien la mejicana. En medio de su salvajismo no dejaba de existir en ellos algún género de sociedad y reconocían por superior a un cacique o reyezuelo, a quien apellidaban el Tonati, que habitaba ordinariamente en una gran llanura que se formaba entre aquellos montes y fué llamada después la mesa del Tonati. Existían además por aquellos rincones otros caciques que no reconocían la autoridad de nadie. En torno de este territorio se habían levantado poco a poco varios pueblos de españoles y de indios cristianos, dirigidos principalmente por los misioneros de San Francisco. El Nayarit podía decirse que era una isla de salvajismo en medio de una nación ya cristiana.

Los Nayaritas no tenían de malo tan sólo el vivir en estado salvaje, sino que ocupando un territorio casi inaccesible a las armas españolas, era muy ordinario que sirviesen de refugio a muchos foragidos de Nueva España, quienes metiéndose en el Nayarit, se burlaban tranquilamente de las autoridades ordinarias. El P. Tomás de Solchaga, el primer jesuita que como veremos puso los pies en este rincón, nos describe aquel país con estas palabras: «Esta provincia de Nayarit está en el centro de la cristiandad, rodeada por todos cuatro vientos de pueblos cristianos, que pasan de treinta los que están en la circunferencia y todos los indios de estos pueblos están siempre muy atrevidos e insolentes contra sus ministros eclesiásticos y seculares, perdiéndoles el respeto y aun poniendo las manos en los Padres Ministros y en sus Alcaldes Mayores que no los pueden reducir enteramente a las obligaciones cristianas y civiles. Porque por cualquiera corrección o amenaza que hagan los ministros a sus feligreses delincuentes, se quiere amotinar e irse al Nayarit o todo el pueblo o algunos particulares, por huir el castigo o por llevarse mujeres hurtadas, o por otros delitos que hacen en confianza de que tienen el refugio del Nayarit, que es el receptáculo universal de todos los foragidos y delincuentes. Nos dijeron los mismos indios, que en sola una población que está dentro del Nayarit por la parte que confina con el pueblo de Tepique, pasan de 300 los apóstatas de todos colores que viven allí» (1).

Desde tiempo atrás habían intentado los españoles penetrar

(1) *Relación del gran Nayarit.*

en aquel escondrijo. El año 1618, cuando se sofocó la rebelión de los tepehuanes de que hablamos en el tomo quinto de esta historia, el capitán Bartolomé de Arisbaba se extendió desde la tierra de los tepehuanes hasta la entrada del Nayarit y no sabemos si por orden superior o de su propio motivo, tuvo algunas negociaciones amistosas con los Nayaritas. Parece que consiguió algún género de alianza con ellos y aun dicen que bautizó a varios indios, por medio de un misionero franciscano, pero probablemente ni los indios entendieron el sentido de aquella ceremonia, ni se creyeron obligados a ningún buen oficio con los españoles. Esto no obstante, el bueno de Arisbaba hizo grabar en una piedra esta pomposa inscripción: «Gobernando en el reino de Nueva Vizcaya el Sr. D. Gaspar Alvarez y Salazar, por su orden el capitán D. Bartolomé de Arisbaba mandó hacer estos borrones y conquistó esta provincia del Señor San José del gran Nayar, la atrajo y redujo a la obediencia de Su Majestad, año de 1618» (1). No hubo en realidad tal conquista ni cosa que se le pareciese, pues toda la acción del capitán se redujo a penetrar un poco en el Nayarit y conferenciar pacíficamente con algunos de los moradores.

Durante todo el siglo XVII no sabemos que se intentase formalmente la conquista de aquel asperísimo territorio. Entretanto, aunque eran tan salvajes los Nayaritas, no dejaban de asomarse a las entradas de sus escondrijos y hacer algún comercio con los vecinos pueblos españoles. Verdad es que según nos cuentan las primeras relaciones del siglo XVIII, el trato de aquellos indios con los cristianos más tenía carácter de bandolerismo que de comercio. Sin embargo, este trato fué bastante para despertar en los Nayaritas la codicia de ciertos objetos que compraban a los españoles o a los indios cristianos. Sobre todo estimaban el comercio de la sal, que adquirían en los pueblos de Acaponeta y Mexcatitlán a cambio de otros frutos de su tierra que ellos facilitaban a los españoles. En 1701, la Audiencia de Guadalajara encomendó al capitán D. Francisco Bracamonte que procurase la reducción de los Nayaritas. Este hombre poco precavido entró en el Nayarit, como para explorar el terreno, acompañado solamente de 10 soldados y dos sacerdotes. Cara pagó su imprudencia. A poco tiempo de haberse internado en aquellos barrancos se vió súbitamen-

(1) *Apostólicos afanes*, l. I, c. 4.

te rodeado de Nayaritas que le acribillaron a flechazos a él y a su gente. Solo salieron con vida, aunque mal heridos, los dos sacerdotes y un soldado (1). Otra tentativa se hizo poco después por el capitán Francisco Mazorra, pero tampoco dió resultado ninguno.

En 1709, a propuesta del fervoroso misionero franciscano, Fr. Antonio Margil de Jesús, se mandó por real cédula al Virrey de Méjico intentar la reducción de los Nayaritas, apoyando la acción apostólica de Fr. Antonio (2). Este santo varón, acompañado de otro religioso de su Orden y de varios indios amigos, penetró animosamente en aquella sierra. Encontróse muy pronto con un grupo de Nayaritas que le cerraron el paso y le amenazaron con la muerte si no volvía al instante por donde había venido. En vano el santo varón les habló, les suplicó, les propuso las más ventajosas condiciones para tener alianza y trato con los españoles. Nada quisieron oír los salvajes, y el ministro de Dios hubo de volver atrás sin obtener siquiera una buena palabra de aquellos hombres endurecidos. Desesperada parecía la empresa apostólica del Nayarit, cuando Dios quiso ejecutarla por medio de la Compañía.

En 1715, el Virrey de Méjico por un lado y el Obispo de Durango por otro, invitaron a nuestros Padres a probar la reducción de los Nayaritas. El Virrey dispuso una expedición al mando de D. Gregorio Matías de Mendiola y nuestro Provincial de Méjico señaló al P. Tomás Solchaga, maestro de teología para que fuese con ella (3). El objeto de esta entrada no era conquistar el Nayarit, ni predicar formalmente el Evangelio, sino solamente tantear el terreno y ver si con buenos modos, y como ahora diríamos, por medio de una penetración pacífica, se podía abrir camino a la conversión de aquellos salvajes. Formóse una compañía de 30 soldados españoles y 100 indios amigos, todos bien provistos y armados, los cuales se reunieron en Suchil, pueblo no muy distante de las tierras del Nayarit. A fines de No-

(1) *Apostólicos afanes*, l. I, c. 4.

(2) Archivo de Indias, 67-1-42. En esta real cédula se dice que Fray Antonio se mostró dispuesto a entrar en Nayarit.

(3) *Ibid.*, 67-5-15. El Obispo de Durango, D. Pedro Tapiz al P. Tomás Solchaga, 4 Mayo 1715. Ya que él no puede ir en persona al Nayarit, delega sus veces en el P. Solchaga, concediéndole todas las facultades que puede según derecho.

viembre de 1715, el General Mendiola envió un mensajero a los Nayaritas, pidiéndoles licencia para entrar de paz en sus tierras, pues deseaba tener alianza y comercio con ellos. Fueron y vinieron varios recados y por fin avisaron los Nayaritas a fines de Diciembre que podía entrar el general con los suyos (1).

Hechas todas las prevenciones que dictaba la prudencia, el día 14 de Enero de 1716 entró el general llevando en su compañía al P. Solchaga y a un capellán del clero secular. Fué penetrando la pequeña división por estrechas gargantas y despeñaderos peligrosos, hasta que llegaron a cierta explanada bastante capaz entre aquellos montes. Allí les esperaban 400 indios desnudos y feamente pintados, que estaban en dos filas tendidos en tierra. Al llegar los españoles se levantaron súbitamente del suelo y con gestos y cortesías grotescas dieron la bienvenida al capitán. Temieron algunos una agresión por los gritos salvajes en que prorrumpieron los indios; pero gracias a Dios no era así. Los Nayaritas después de entenderse bien o mal con los españoles por medio de los intérpretes que éstos llevaban, ofrecieron algunas cabañas para habitación del general y de los suyos.

Al otro día presentóse un capitán Nayarita con varios indios y condujo a los españoles a cierto sitio más espacioso, donde se celebró un parlamento solemne. Presentáronse como 480 indios armados de flechas y alfanjes y dos ancianos seguidos de algunos subalternos se adelantaron hacia los nuestros y abrazaron al general Mendiola y al P. Solchaga. Empezando el coloquio, se les propuso en términos suaves, que reconociesen al Rey de España y recibiesen la religión cristiana: «Hubimos de oír, dice el P. Solchaga, doce pláticas o parlatas que nos llevaron toda la mañana.» En conclusión, convinieron todos en aceptar por su soberano al Rey de España, pero se resistieron a cambiar de religión, «por ser cosa, decían, que sentiría su dios el sol, a quien ellos y sus antepasados habían adorado siempre» (2). A mediodía el General Mendiola les convidó a comer y ellos correspondieron a esta cortesía celebrando un baile disforme que duró hasta entrada la noche, con el acompañamiento de una soberana borrachera.

Varios días permanecieron allí los españoles en los cuales ce-

(1) *Relación* ya citada del P. Solchaga.

(2) Solchaga, *ibid.*